



Identidades Número 1 / Año 1 / Diciembre 2011

Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía

JAVIER BALSA



Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía¹

Javier Balsa²

Resumen

Gramsci realizó importantes aportes para vincular algunas cuestiones del lenguaje y la hegemonía. Sin embargo, no llegó a construir una teoría que sistemáticamente analizase el modo en el cual los procesos discursivos participan en la construcción de la hegemonía. Recientemente, una reformulación de la teoría la hegemonía realizada por Laclau conceptualizó el problema en términos de cadenas de significantes que alcanzan grados parciales de fijación en torno a ciertos significantes vacíos. Además Laclau ha revalorizado el papel de las figuras retóricas en la construcción de la hegemonía. Sin embargo, sus formulaciones teóricas se han mantenido a un nivel abstracto. Y la tradición laclausiana no se ha articulado con el Análisis Crítico del Discurso. En este artículo se conectan estas contribuciones junto con las formulaciones de Voloshinov y Bajtín sobre el lenguaje, pensando la dominación hegemónica como un proceso esencialmente dialógico. Finalmente, las figuras retóricas son integradas en un esquema más general acerca de la construcción de las cadenas equivalenciales en la lucha por las significaciones.

Palabras claves

discurso – hegemonía – lenguaje

Discursive aspects of the construction of hegemony

Abstract

Gramsci made important contributions for linking some aspects regarding language and hegemony. Nevertheless, he did not build a systematic theory of the way in which discursive processes participate in the construction of hegemony. Recently, a reformulation of the theory of hegemony made by Laclau conceptualizes the problem in terms of chains of signifiers that achieve partial degrees of fixation around certain empty signifiers. Laclau has also appreciated the role of rhetorical figures in the construction of hegemony. However, this theoretical formulation has a high level of abstraction. Furthermore, the Laclaunian tradition has not been articulated with the Critical Discourse Analysis. In this article, these contributions are connected with the elaborations of Voloshinov and Bajtin about language in order to think hegemonic domination as an essentially dialogical process. Finally, the rhetorical figures are integrated in a more general frame about the construction of equivalences chains in the struggles for signification.

Key words

discourse – hegemony – language

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentado en el *V Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y II Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina*, celebrados el 24, 25 y 26 de agosto de 2011 en la Universidad Nacional de Villa María, Córdoba.

² Universidad Nacional del Quilmes – CONICET, e-mail: jjbalsa@unq.edu.ar, blog: jjbalsa.blog.unq.edu.ar.

Más allá de los importantes aportes sobre algunas cuestiones del lenguaje, Gramsci no llegó a construir una teoría que sistemáticamente analizase cómo participan los procesos discursivos en la construcción de la hegemonía. Desde donde sí se aportó una integración del discurso en la teoría de la hegemonía, fue desde la corriente académica centrada en la figura de Ernesto Laclau. Sin embargo, sus formulaciones tienden a mantenerse en un nivel abstracto y son escasas las incorporaciones de los aportes que se han realizado desde el campo específico del análisis del discurso. Es por eso que este artículo busca, luego de repasar brevemente estas contribuciones, aportar a una conceptualización de la hegemonía como un proceso esencialmente dialógico, recuperando las elaboraciones de Voloshinov y Bajtín sobre el lenguaje, para luego analizar cómo funcionan las figuras retóricas en la construcción de las cadenas equivalenciales, y finalmente integrarlas en un esquema más general sobre la lucha por las significaciones.

El lenguaje en Gramsci

Especialmente a partir de los trabajos de Lo Piparo (2010) y de Ives (2004a y 2004b), resulta muy clara la importancia que la cuestión del lenguaje tuvo en las formulaciones teóricas de Gramsci. En primer lugar, su formación lingüística le proporcionó una matriz de pensamiento que le permitió abordar planos de la dinámica social que el marxismo había dejado casi por completo de lado. Es más, el propio concepto de hegemonía podría tener, además de su origen en el debate político de la socialdemocracia rusa, una raíz en la tradición lingüística italiana (Ives, 2004a: 27-28).

En segundo lugar, desde sus primeros escritos a Gramsci le preocupaba específicamente la cuestión de la lengua nacional, tanto por problemas concretos de la política revolucionaria en la Italia contemporánea, como por la forma en que las clases dominantes logran convertirse en hegemónicas a partir de la imposición de una lengua nacional por sobre los dialectos populares.

Esto se vincula con una tercera cuestión: el lenguaje aparece en varios fragmentos de los Cuadernos de la Cárcel (en adelante CC)³ como la base de las “concepciones del mundo”, de las “filosofías, como cuando afirma que “...todos los hombres son filósofos” pues participan “de una determinada concepción del mundo, aunque sea inconscientemente, porque cada ‘lenguaje’ es una filosofía” (CC3, 8: 204) y “lenguaje significa también cultura y filosofía (aunque sea en grado de sentido común)” (CC3, 10). Además, Gramsci le reconoce al lenguaje un plano individual, idiosincrático: “todo ser hablante tiene su propio lenguaje personal, o sea, su propio modo de pensar y de sentir” (CC 4, 10: 44). Esta cuestión se vincula con la toma de conciencia (pues pasar del plano de una acción rutinaria al de una acción consciente, requiere de un plano reflexivo que implica la posesión de un lenguaje que lo

³ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, México, Editorial Era, 1981-1999.

permita⁴) y con las dificultades para compartir un discurso común entre los distintos integrantes de las clases subalternas.

Además Gramsci planteó con claridad algunas cuestiones específicas en relación al lenguaje, como el papel de las metáforas y el uso metafórico en la construcción del significado.⁵ En su último cuaderno analiza el juego combinado entre una gramática “espontánea” (las normas a través de las cuáles hablamos sin darnos cuenta) y una gramática “normativa” (la que se enseña y la que corrige el habla). Pero aclarando que esta última opera en dos planos: las operaciones de enseñanza oficial y las consiguientes gramáticas escritas (en este plano operan diversos tipos de regulaciones estatales que intentan imponer una única lengua nacional, como acto político y con distintos métodos coactivos), pero también en un segundo plano, del uso cotidiano; ya que Gramsci también coloca dentro de lo normativo a la interacción social cotidiana: el “control y la censura recíprocos”, las preguntas que exigen una enunciación más correcta, e incluso la burla son todo un “conjunto de acciones y reacciones” que colaboran en el establecimiento de las “normas”. Y aquí destaca el diferente poder que tienen las distintas clases sociales para imponer su gramaticalidad. Por eso para Ives (2004a y 2004b) la relación entre ambas gramáticas puede constituir una excelente metáfora de la relación entre coerción y consenso en la construcción de la hegemonía.

Tal era la importancia que tenía el lenguaje para Gramsci que el estudio de la “lingüística comparada” era uno de los cuatro temas que planificó abordar al comenzar a escribir los Cuadernos de la Cárcel. Se proponía así retomar los estudios que en su época universitaria había realizado bajo la orientación de Bártoli. Sintomáticamente, como destaca Lo Piparo (2010), cuando a fines de 1934 Gramsci es trasladado a una clínica, y en octubre del año siguiente obtiene la libertad condicional, no se dedica a escribir sobre temáticas políticas, sino que se pone a escribir unas notas sobre gramática, lo que sería el último de los Cuadernos de la Cárcel.

Sin embargo, ni las notas de Gramsci sobre el lenguaje, ni las elaboraciones de Ives (a partir de sus estudios sobre el lenguaje en Gramsci) llegan a constituir una teoría sobre la manera en que los procesos discursivos intervienen en la construcción de la hegemonía. Podemos arriesgar la hipótesis de que Gramsci se mantuvo acotado a algunas de las cuestiones que abordaba la lingüística italiana de su etapa formativa, vinculadas con su preocupación en torno a la unidad de las clases subalternas y, en especial, al problema de la lengua nacional. En cambio, no parece haberse interesado/accedido a los debates que, a partir del análisis y la crítica de las

⁴ “Su conciencia teórica puede estar en contraste con su actuar, por lo que puede decirse que tiene dos conciencias teóricas: una implícita en su actuar y otra explícita o verbal que ha heredado del pasado y ha acogido sin crítica”. (CC 11(12), p. 252-3)

⁵ “El lenguaje es siempre metafórico”. Si no se puede decir que todo discurso es metafórico, para no ampliar tanto el concepto, “el lenguaje actual es metafórico con respecto a los significados y al contenido ideológico que las palabras han tenido en los anteriores períodos de la civilización.” Es imposible “quitar al lenguaje sus significados metafóricos y extensivos”. Así por ejemplo, “ya nadie piensa en la palabra ‘des-astre’ como vinculada con la astrología” (CC 11 (24) p. 285).

teorizaciones de Saussure, realizaron los estudiosos del lenguaje soviéticos (en especial Voloshinov y Bajtín).⁶

Por su parte, la única tradición que ha formulado consecuentemente una integración del discurso en la teoría de la hegemonía, la corriente académica centrada en la figura de Ernesto Laclau, no ha partido de los aportes lingüísticos de Voloshinov y Bajtín, y ni siquiera tuvo en cuenta las elaboraciones sobre el lenguaje presentes en los Cuadernos de la Cárcel, tal como señala críticamente Ives (2005). En cambio, Laclau (en parte en colaboración con Mouffe) produjo una reformulación de la teoría de la hegemonía teniendo como puntos de partida las reflexiones sobre el lenguaje generadas por Saussure, Wittgenstein, Derrida, Lacan y Foucault, incorporando, posteriormente los aportes de De Man. Esta fue una elaboración que los distanció del marxismo, ubicándolos como unos de los fundadores del posmarxismo.⁷

Hegemonía y lenguaje en Laclau

Para Laclau, la operación hegemónica es “la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación del significante vacío que hace referencia al orden comunitario como ausencia, como objetivo no realizado” (Laclau, 1996: 83).⁸ En realidad, sería un significante tendencialmente vacío, manteniendo su identidad particularista (Laclau, 2003b: 303 y 2005: 137).

Aquí quisiera formular una pequeña digresión en torno al significante vacío. He encontrado que este concepto como articulador del orden social pareciera haber sido acuñado por el propio Marx al considerar, en *La lucha de clases en Francia, 1848-1850*, la figura de Luis Bonaparte y su papel en la dinámica política francesa:

vino a resultar (...) que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Sin embargo, por muy distinto que pudiese ser el sentido que el nombre de Napoleón llevaba aparejado en boca de diversas clases, todos escribían con este nombre en su papeleta electoral (Marx, 1850: 90).

⁶ Más allá de las similitudes entre la elaboración de Gramsci acerca del lenguaje y la producción que Voloshinov y Bajtín estaban realizando en esos años en la Unión Soviética, no existe ninguna evidencia de que Gramsci se haya puesto en contacto con Voloshinov o Bajtín durante su estancia en Moscú en 1922 y 1923, ni tampoco que luego haya leído sus trabajos. Es cierto que Ives (2004a) realiza un esfuerzo de equiparar las críticas gramscianas a los neogramáticos, con las que formulara Voloshinov al formalismo saussuriano. Sin embargo, en las teorizaciones del Voloshinov se abordan una serie de cuestiones en torno a las luchas por las significaciones que están completamente ausentes en Gramsci, pero que, sin dudas, podrían enriquecer notablemente los aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía.

⁷ Ver una defensa de esta posición en Laclau y Mouffe (1987).

⁸ En sus últimos textos Laclau (2005) ha preferido partir del concepto de “demanda” en vez del de “grupo”, pero a nuestro entender este cambio, destinado a evitar esencializar al grupo, termina erigiendo la idea de la existencia demandas sin sujetos sociales que las formulen, por lo cual preferimos su formulación primera.

Regresando a Laclau, vemos que en torno a este significante vacío se articulan elementos flotantes en cadenas equivalenciales, siempre abiertas a las operaciones diferenciales. Estas articulaciones hegemónicas son siempre contingentes (en tanto opuestas a cualquier sentido de necesidad). La construcción de la hegemonía implicaría “dominar el campo de la discursividad”, detener parcialmente “el flujo de las diferencias”, construyendo “puntos de fijación parciales”, articulando cadenas equivalenciales que aseguren la integración y la dominación (Laclau y Mouffe, 1987: 129).⁹

Estas articulaciones son posibles e inestables porque no existe un centro que fije sentidos trascendentales, sino que sólo existe un flujo de diferencias, por lo que sería necesario un enfoque discursivo de la hegemonía.¹⁰ Estas fijaciones son parciales pues lo social siempre está abierto, como producto del “constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad” (Laclau y Mouffe, 1987: 130),¹¹ y también porque existe una falta original que nunca puede ser suturada (enfoque tomado de Lacan) y, por lo tanto, se abre el camino a una serie indefinida de sustituciones que son el fundamento mismo de un historicismo radical (Laclau, 2003a: 77). Asimismo, también fue tomada de Lacan su concepción de “la autonomía irreductible del significante frente al significado” (que alcanza su climax en la idea del significante vacío).¹²

El papel privilegiado que otorga Laclau al discurso en la configuración de la dinámica social lo conduce a revalorizar el lugar de la retórica en la construcción de la hegemonía: “la hegemonía es esencialmente metonímica: sus efectos surgen siempre a partir de un exceso de sentido resultante de una operación de desplazamiento” (Laclau y Mouffe, 1987: 163).¹³ Y más adelante, incluirá al conjunto de las figuras retóricas en la construcción de la hegemonía (Laclau, 2002).

Ahora bien; todas estas incorporaciones y reformulaciones de las teorizaciones de la lingüística y la retórica, si bien le permiten a Laclau desarrollar una novedosa concepción de la hegemonía, no son empleadas para brindar una metodología que articule sus aportes teóricos con el análisis específico de los procesos discursivos que

⁹ Estos *puntos nodales* serían similares a los *points de capiton* de Lacan: ciertos significantes privilegiados que fijan el sentido de la cadena significativa.

¹⁰ Esta relación es tomada, textualmente, de Derrida, cuando afirma que “se hizo necesario empezar a pensar que no había un centro, que el centro no podía pensarse en la forma de un ente-presente, que el centro no tenía lugar natural, que no era un lugar fijo sino una función, una especie de no-lugar en el que se representaban sustituciones de signos hasta el infinito.”. Y entonces, para Derrida, “en ausencia de centro o de origen, todo se convierte en discurso” (Derrida, 1978: 280).

¹¹ Cabe aclarar que esta centralidad de lo discursivo no implica su reducción a los fenómenos lingüísticos, pues la práctica de articulación “debe atravesar todo el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura.” (Laclau y Mouffe, 1987: 125).

¹² Retomando implícitamente las formulaciones de Lacan al respecto (más detalles en Stavrakakis, 2007: 94-95), proponen pensar el juego de las lógicas de la diferencia y la equivalencia presentes en la construcción de la hegemonía, en términos de los polos sintagmático y paradigmático: la lógica de la diferencia tiende a expandir el polo sintagmático del lenguaje (incrementando la cantidad de posiciones que pueden entrar en una relación de combinación), mientras que la lógica de la equivalencia expande el polo paradigmático (los elementos que se pueden substituir entre ellos, reduciendo el número de combinaciones) (Laclau y Mouffe, 1987: 151).

¹³ En cambio, en su enfoque previo tenía un concepto negativo de la retórica frente a las “determinaciones objetivas”. Así, afirmaba que “‘pueblo’ no es *un mero concepto retórico*, sino una determinación objetiva” (Laclau, 1978: 193; cursivas mías).

se ponen en juego en la construcción de la hegemonía. Los trabajos de Laclau se ubican siempre en un plano muy abstracto, del que descienden con ejemplificaciones que despliegan muy poco análisis concreto de las discursividades sociales. Por otra parte, los académicos vinculados a Laclau, si bien han realizado varios trabajos que abordan fenómenos históricos concretos, habitualmente parte de una identificación *a priori* de los significantes vacíos. Esta estrategia metodológica no parece la más adecuada para dar cuenta de la contingente hegemonía. En cambio, consideramos que sería más apropiado un enfoque de tipo inductivo, que parta de identificar las cadenas equivalenciales, las articulaciones de los significantes flotantes y que luego descubran el o los significantes vacíos que podrían estar operando como cierre de bóveda de propuestas que pretenden o logran ser hegemónicas (y también observar cadenas parciales que no pretenden estas articulaciones tendientes a la hegemonía, y que, aunque pueden ser críticas, no entran en la disputa por la hegemonía).

Para abordar estas cuestiones, en este artículo proponemos un esquema conceptual para un análisis discursivo de la hegemonía. Para ello retomaremos algunas formulaciones de Fairclough y, además, recuperaremos dos cuestiones presentes en los enfoques desplegados por Voloshinov y Bajtin, quienes proveen una perspectiva más adecuada para el estudio de la hegemonía que la elaborada por Saussure. En primer lugar, la dimensión dialógica del lenguaje que nos servirá para diferenciar la dominación hegemónica de otros tipos de dominación y, en segundo lugar, la lucha por las significaciones como forma de despliegue de la construcción discursiva de la hegemonía.¹⁴

Antes de avanzar con el núcleo del artículo, es imprescindible realizar dos aclaraciones. En primer lugar, la consideración del plano discursivo de la hegemonía no implica que no existan otros planos en los que se construya la misma, como el de las alianzas de clases (entendidas analíticamente como situadas en un nivel diferente) y el de la instauración de determinados modos de vida.¹⁵

En segundo lugar, necesitamos comentar, de un modo un poco más extenso, algunas cuestiones referidas al empleo del concepto de clases sociales que realizamos en el presente trabajo. Nuestra propuesta busca combinar, con cierto eclecticismo, dos enfoques que son considerados generalmente como incompatibles: el marxista gramsciano y el laclausiano. Sin embargo, consideramos que, relativizando algunos de sus planteos más opuestos, es posible armonizarlos. Es un problema complejo, que merecería, al menos, todo un artículo para su abordaje. Aquí, por lo tanto, no pretendemos resolverlo, sino simplemente dejarlo planteado con alguna claridad, para que se comprendan mejor algunos giros argumentales presentes en el resto del artículo. En particular, creemos que el planteo de Laclau es demasiado abstracto y carente de sustancialidad. Esto ha conducido sus argumentaciones a afirmaciones un tanto contradictorias. Así, por ejemplo, al no demarcar una base social para la

¹⁴ Las características de la dominación hegemónica y no hegemónica se comentan, en sus aspectos discursivos en el siguiente apartado y, con más detalle en Balsa (2006a). Por otra parte, la lucha por la hegemonía, más allá de que puede tener para algunos un sentido emancipatorio, siempre implica la constitución de relaciones de poder y, por lo tanto, de dominación (aunque sea una dominación democrático-popular de las mayorías sobre las minorías).

¹⁵ En Balsa (2006b) hemos diferenciado estos tres niveles de la construcción de la hegemonía.

operación populista, llega a asemejar toda política a la operación populista, cuando en otras partes de su obra existía una referencia más directa al concepto de *plebs* como eje del populismo (Laclau, 2005). En otro trabajo hemos abordado esta cuestión en relación a esta forma política (Balsa, 2010), pero aquí quisiéramos retomarla en un sentido más amplio, en favor de una (re)introducción del concepto de clases sociales en una teoría de la hegemonía. Aunque somos concientes de que se trata de una simplificación, para aclarar nuestra posición podemos decir que la existencia de un determinado modo de producción implica la presencia de determinadas posiciones de clase que funcionan como limitadoras de las posibilidades colectivas de la construcción de las identidades sociales. Esto no significa negar que estas identidades se construyen a través de –y en– el discurso. Sin embargo, las posiciones de clase generan límites que, si bien no son infranqueables en términos individuales, muy difícilmente sean traspasados por la mayoría de los sujetos que ocupan una determinada posición social. Las posiciones de clase, a través de las prácticas de vida de sus integrantes, generarían cierto “buen sentido” que las distintas discursividades no podrían terminar de erradicar; sobre esta cuestión ver Gramsci (CC, 10 (48), p. 212 y 11 (12), p. 247) y Nun (1989). De modo que las clases, en especial las que ocupan posiciones de dominación, tenderían a construir identidades sociales acordes con el mantenimiento de algunos aspectos centrales de un orden social que les garantiza posiciones superiores; mientras que las clases subalternas nunca terminarían de aceptar las identidades que les postulan las clases dominantes, entre otros motivos porque estas interpelaciones tienen puntos de contradicción con el “buen sentido” que emerge de sus prácticas cotidianas.

Esto no implica, como ya dijimos, que las identidades se construyan ex-ante la discursividad. En este sentido, la relación entre posiciones de clase, identidades y estrategias es de tipo recursiva y está atravesada por la lucha hegemónica: cualquier grupo social solo puede constituirse como colectivo y operar de forma parcialmente conjunta en la medida en que pueda formularse discursivamente como tal e interpelar a sus miembros desde un determinado discurso. Pero, al mismo tiempo, como el grupo no preexiste como sujeto social a la lucha que se establece con otros sujetos (más o menos constituidos conciente y organizativamente en tanto tales), su propia identidad es resultado de las luchas previas. Y, más en particular, en la propia operación de luchar por la hegemonía debe modificar su propia subjetividad.¹⁶ En esta línea, y retomando a Gramsci, clases sociales con intelectuales más orgánicos, mejor formados y organizados y con mayor capacidad reflexiva sobre su lenguaje, tendrán mayores capacidades para construir sus identidades, defender sus posiciones e interpelar a las otras clases venciendo en la lucha por la hegemonía.

¹⁶ En este sentido, como veremos a continuación, no es igual una clase dominante que busca la hegemonía, que una que no lo hace y domina por otros medios.

La hegemonía como construcción dialógica

Como sabemos, para Voloshinov y Bajtín el lenguaje es intrínsecamente dialógico. Sin embargo, existen discursividades menos dialógicas que otras.¹⁷ Así, el discurso monológico es el que se niega a volverse sobre sí mismo, no incluye el discurso de otros enunciadores y tampoco escucha a los otros ni atiende a su recepción.¹⁸ En este sentido, una dominación no hegemónica puede pensarse como una imposición de tipo monológico. En estos casos, una serie de reglas se impondrían de modo inflexible (Fairclough, 2001). Sería una práctica discursiva altamente jerárquica y normada, que no recoge los discursos de los otros, que no intenta articularlos dentro del discurso hegemónico, justamente porque no es un modelo de dominación hegemónica. A través de múltiples mecanismos de coerción, se intenta imponer una visión del mundo, sin establecer canales de diálogo con los subalternos. Esta dominación, además de necesitar altas dosis de coerción, entraña el riesgo, para la clase dominante, de que no se perciban las demandas de los sectores populares. Y estas demandas se pueden ir articulando hasta llegar a una impugnación de la dominación como un todo. Justamente, para Laclau y Mouffe (1987), ésta debería ser la estrategia contrahegemónica inteligente. Ellos formulan una crítica a la línea clasista (“corporativista” dirían ellos; “monologal”, agregaríamos nosotros) de la izquierda que no pudo competir exitosamente con la burguesía en los espacios democráticos que se abrieron en los países desarrollados en el siglo XX.

Por el contrario, una dominación hegemónica (y también una estrategia contra-hegemónica) tomaría conocimiento de las demandas de los sectores populares, de sus modos de enunciación, e integraría formas y contenidos en una propuesta de carácter pretendidamente universalizante, que declarara buscar el “bien común” de toda la sociedad (o de las mayorías populares, en el caso de una propuesta contra-hegemónica¹⁹). Retomando la oposición entre monologismo y dialogismo, podemos decir que una dominación hegemónica se estructura en base al “diálogo” (lo cual no implica desconocer que, como dice Fairclough, es una intertextualidad cruzada con relaciones de poder; o en términos de Foucault (1973), existe un “orden del discurso”). Entonces, para poder construir una dominación hegemónica, la clase dominante no tiene sólo que saber enunciar, sino que también tiene que saber escuchar. Debe tomar nota, investigar la discursividad de los sectores subalternos, y especialmente mensurar la efectividad de las interpelaciones que ella le dirige a estos sectores. Si a través de este “diálogo”, la clase dominante detecta que están surgiendo demandas no integradas hasta ahora en su planteo “universalista”, deberá, si quiere continuar con una dominación hegemónica, ver la forma de integrarlas, de modo diferencial. Esto es dearticulándolas de la cadena equivalencial

¹⁷ Para Voloshinov una discursividad monológica sería una abstracción, por eso aquí colocamos “menos dialógicas”. Sin embargo, Bajtín sí emplea el término monológico para describir algunos tipos de discurso (Ives, 2004a: 199). En un sentido similar lo emplea Fairclough (2001).

¹⁸ En estos discursos, como dice Julia Kristeva (1981: 206), el sujeto asume el “papel de Dios”.

¹⁹ Sobre la cuestión de la construcción de una frontera entre una “oligarquía” y el “pueblo”, véase Laclau (2005) y nuestras reflexiones en Balsa (2010).

opositora y articulándola como un momento de la cadena dominante. Esta no es una integración directa (que podría llegar a poner en crisis la dominación social), sino que las demandas de los sectores populares son sometidas a una serie de transformaciones. En primer lugar, la demanda es abstraída, es aislada de cualquier articulación con constelaciones contrahegemónicas. En segundo lugar, se le borran todas sus significaciones críticas del orden existente. Y, en tercer y último lugar, aquellas significaciones críticas que no se han podido borrar, se las intenta calificar de irrealizables, como “meras buenas intensiones”, que, en todo caso, quedarán para un futuro muy lejano. Recién después de ser aplicados estos procedimientos, lo que queda de estas “demandas” es incluido dentro de la formación hegemónica, como “lo posible”. Esto, justamente, sería una “revolución pasiva”. Un proceso de transformación “desde lo alto”, en el que se recupera una parte de las demandas “de abajo”, pero quitándoles toda iniciativa política autónoma.

Una táctica interesante para la lógica de la revolución pasiva es la que Barthes denomina “operación Astra”. Astra era el nombre de una margarina, y en la publicidad de la misma se reconocían, primero, las desventajas de este producto, pero, al final el enunciador se “liberaba” de estos prejuicios y reconocía sus ventajas. En palabras de Barthes (2003: 48-50): “¿Qué importa, *después de todo*, que la margarina sea pura grasa, si su rendimiento es superior al de la manteca? ¿Qué importa, *después de todo*, que el orden social sea un poco brutal o un poco ciego, si nos permite vivir fácilmente?”

Creo que ésta es una importante operación discursiva para la consolidación de la hegemonía: se reconocen los problemas de un determinado orden social, las dificultades que genera a algunos sectores de la población, se señalan sus limitaciones, pero, *finalmente*, se lo rescata como el mejor o el único posible. En términos de la teoría de la argumentación, se hace uso de la concesión. Es decir, se le otorga la razón al adversario en algunos puntos controversiales, sin que se afecten los argumentos propios. Es una especie de “retirada táctica”. Esto tiene un doble efecto positivo, por un lado se cuida la “imagen” del otro, su voz tiene un valor, se la considera, y, al mismo tiempo, se construye una imagen positiva del enunciador, como alguien que escucha y que es inteligente, que no impone arbitrariamente un modelo de realidad.²⁰

Toda construcción hegemónica es siempre una construcción contingente, pues el resultado de la disputa nunca está asegurado, por varios motivos. En primer lugar, porque existe una combinación de múltiples factores, desde los más objetivos hasta los más subjetivos, muy difícil de mensurar con antelación como para tener certezas *a priori* sobre el resultado de una determinada táctica articuladora. En segundo lugar, porque toda situación dialogal está abierta a la contestación. En términos lacanianos, la hegemonía nunca podrá suturar, ya que *lo real* siempre emerge, desbordando toda simbolización y, además, los sujetos se la ingenian para conservar alguna capacidad de resistencia (Stavrakakis, 2007: 141). Las interpretaciones resistentes nunca pueden ser aplacadas, el antagonismo es una constante y una sujeción contradictoria hace difícil mantener la naturalización (Fairclough, 2001: 173). Esta situación también

²⁰ Sobre el ethos discursivo, ver Maingueneau (2002).

podría conceptualizarse en términos gramscianos como la irreductibilidad del “buen sentido” que surge de la práctica, por encima de toda construcción hegemónica, por toda tentativa de ocultar la dominación (sobre “buen sentido”, ver Nun, 1989). Y, en tercer lugar, porque la hegemonía siempre se construye y especialmente se pone a prueba sobre una arena democrática que, aunque no es neutral, por definición está abierta a la disputa. Para que haya posibilidad de una dominación hegemónica no puede existir un cierre del sistema de significación política (Laclau, 2002: 67). Por todos estos motivos considero que una dominación hegemónica sólo puede erigirse sobre una arena política democrática, en el sentido de que exista libertad de opinión y un sistema abierto de partidos políticos que diriman electoralmente el acceso al poder estatal.

En este contexto, las fuerzas en pugna se constituyen discursivamente e intentan hegemonizar a sus oponentes a través de interminables procesos de desarticulación y rearticulación de los significantes. Por eso son tan importantes las operaciones discursivas sobre la significación, tanto las de tipo táctico (que buscan incidir en las apreciaciones de una coyuntura enunciativa particular), como las de tipo estratégico (que tratan de que determinadas significaciones sedimenten hacia el sentido común o hacia las normativas que intentan establecer significados).

En particular, la imposición de determinadas significaciones se logra, muchas veces, a través de frases cristalizadas que instalan determinadas significaciones en el discurso social de una época. Philips ha analizado cómo algunas frases típicas del discurso thatcherista ayudaron a consolidar la hegemonía neoconservadora en la Inglaterra de los años noventa, y de qué manera continuaron en el discurso del Nuevo Laborismo. Por ejemplo, el thatcherismo tuvo éxito en imponer el término “Choice” dentro del discurso político británico, y lo ubicó dentro de frases típicas como “Freedom of choice” o “the power to choose and the right to own”, frases que refuerzan la idea de la política como asimilable a una situación de consumo, y que sobrevaloran la capacidad agentiva del ciudadano-consumidor, y el “nuevo laborismo” de Tony Blair adoptó buena parte de las palabras claves y de las frases típicas del thatcherismo (Phillips, 1996 y 1998).

La operación hegemónica implica construir un mundo discursivo que sostenga los intereses de los grupos dominantes, e incluso subjetividades que internalicen como propio el discurso dominante y la subjetividad que él les construye. Y esto es posible ya que todo sujeto necesita una identidad y la tiene que construir con los elementos simbólicos que tiene a su disposición (Stavrakakis, 2007: 60-68, y también, desde otra perspectiva, Chilton, 2004: 205).²¹

²¹ Como lo señala Stavrakakis (2007: 43), el sujeto sólo puede existir con la condición de que acepte las leyes de lo simbólico y, así, se convierte en un efecto del significante. En términos de Voloshinov (1929: 121), es en la palabra donde el sujeto se da forma a sí mismo, pero desde el punto de vista del otro. Entonces, los integrantes de los sectores subalternos, si no cuentan con una discursividad propia, construirán su identidad a partir del discurso dominante. La construcción discursiva de una identidad implica posicionar en el centro deíctico al Yo (según Chilton en base a tres ejes: el espacio, el tiempo y lo correcto), mientras que se ubica a los otros en posiciones más alejadas de dicho centro (Chilton, 2004: 56-61 y 204-205). Entonces, el centro discursivo de una discursividad hegemónica incluye a la propia clase dominante y desde allí apela a un segundo “nosotros” que engloba a todos los hegemonizables (pero que no están en el centro). Podrían distinguirse círculos: primero la “gente como uno” (que podría incluir a las clases auxiliares), luego, los otros disciplinados, que son “casi” tan

La lucha por las significaciones

Para Voloshinov y Bajtín solo existen enunciados efectivamente emitidos en situaciones concretas que, de este modo, construyen la significación. Así, “existen tantos significados de una palabra cuantos contextos hay de su uso” (Voloshinov, 1929). Incluso, el significado no se encuentra en la palabra, ni en el alma del hablante o del oyente. Si no que la significación es el efecto de interacción del hablante con el oyente con base en el material de un complejo fónico determinado. “Es la centella eléctrica al juntarse dos polos opuestos”, “sólo la corriente de la comunicación discursiva da a la palabra la luz de su significación.” Por lo cual, la interacción discursiva es la realidad principal del lenguaje.

Los procesos de construcción de las significaciones están preñados de lucha por el poder; y esto ocurre desde los planos más macrosociales hasta los más microsociales. En cuanto a las clases, en la medida en que las distintas clases usan una misma lengua, el signo es arena de la lucha de clases. Lo que la clase dominante hace es buscar adjudicarle al signo una significación única, funcional a la preservación de sus intereses de clase. Pretende apagar y reducir la lucha de valoraciones sociales que se verifica en el signo, volviéndolo monoacentual, universal y ahistórico. Es que un discurso logra convertirse en discurso dominante cuando logra que se fijen como válidas determinadas significaciones de los signos y no otras.²² Y como dice Fairclough, “el éxito en obtener aceptación para significados particulares de palabras, y para una estructuración particular de su significado potencial, es sin dudas interpretable como una forma de adquirir hegemonía.”

Entonces, las relaciones semánticas están efectivamente construidas por el productor del texto en el plano de la discursividad, de los enunciados concretamente emitidos (Foucault, 1969), en un proceso por el cual se vinculan de forma sistemática las definiciones co-textuales en redes de enunciados que se articulan en formaciones discursivas y en “estrategias discursivas”.²³

nosotros como nosotros (los miembros de las clases subalternas que pueden ser integrados), y finalmente, ya fuera del “nosotros”, se encuentran “los otros”, los marginales. El discurso hegemónico ni siquiera es universalista en este plano. Siempre existe un afuera. Pero incluso a ellos el discurso dominante los interpela, para que acepten esta situación de exterioridad. Esta construcción de subjetividad se produce a través del “olvido” de aquello que la determina. Como plantea Pêcheux (1988), la interpelación del individuo en sujeto de su discurso se efectúa por la identificación (del sujeto) con la formación discursiva que lo domina (en la cual él es constituido como sujeto). Esta identificación, fundadora de la unidad (imaginaria) del sujeto, se apoya en el hecho de que los elementos del interdiscurso (en tanto “preconstruido” y “proceso de sustentación”) que constituyen, en el discurso del sujeto, los trazos de aquello que lo determina, son re-inscriptos en el discurso del propio sujeto (Pêcheux, 1988: 163).

²² István Mészáros (1996) lo ejemplifica claramente al realizar el simple ejercicio de pedir sinónimos de “conservador” y de “revolucionario” al diccionario de su procesador de texto.

²³ Hemos reservado el término “contextual” para las relaciones que el texto presenta con la situación enunciativa, mientras que a las relaciones que el significante presenta con el resto del texto las denominamos “co-textuales”. En relación a la idea de “definiciones co-textuales”, estamos retomando a Magariños (1993), aunque él utiliza el término “definiciones contextuales”. Por otro lado, explícitamente hemos evitado el concepto de “formaciones ideológicas” de Pêcheux (1988) ya que tiende a asociarse con una diferenciación *a priori* del campo discursivo en posiciones político-ideológicas, en vez de estimularse la búsqueda de vínculos intertextuales entre los

En términos de las cadenas equivalenciales de Laclau, se desarrolla una lucha por articular determinados significantes (flotantes) dentro de unas formaciones discursivas, y no de otras. En general, se intenta desarticular un significante de la red en la que se encuentra articulado, para rearticularlo en una nueva red.²⁴ Y se produce una eterna lucha, pues las fijaciones son “*siempre* son perturbadas, interrumpidas por otras intervenciones hegemónicas que construyen significados e identidades mediante diferentes cadenas de equivalencias” (Laclau, 2003b: 305).

Estas desarticulaciones y rearticulaciones en cadenas equivalenciales también son posibles debido a las ambigüedades discursivas. La relación de equivalencia está imbuida de ambigüedad: “dos términos, para equivalerse, deben ser diferentes (de lo contrario se trataría de una simple identidad). Pero, por otro lado, la equivalencia sólo existe en el acto de subvertir el carácter diferencial de esos términos” (Laclau y Mouffe, 1987: 148).

Es por ello que para Laclau la retórica y, en particular, un empleo ambiguo de sus figuras están en la base de la construcción de la hegemonía. Si en *Hegemonía y estrategia socialista* habían planteado que “la hegemonía es esencialmente metonímica” (por su contenido sintagmático, y no metafórico, paradigmático), en “Políticas de la retórica”, Laclau especificaría que no es una relación metonímica, u otra figura retórica, en su sentido puro ya que la hegemonía implica un proceso de retorización general que sólo tiene lugar en la medida en que las lógicas de cada uno de los *tropoi* tienden a diluirse en las de los otros (Laclau, 2002: 92-93). Así, ni la metonimia se basa en una contigüidad incontaminada por la analogía, ni la analogía es una totalización completa (reducida a identidad), ni la sinécdoque substituye al todo por la parte (con lo cual el todo podría haber sido aprehendido con independencia de la parte), ni la catacresis (cuando un término describe trasláticamente una cosa que carece de nombre específico) se funda en un movimiento tropológico que parta de una heterogeneidad total. En particular, estas dos últimas figuras son claves en la construcción de la hegemonía. La sinécdoque, que nos habilita a significar algo a través de la caracterización de una de sus partes (para su empleo se pueden emplear vínculos anafóricos difusos), sintetiza la operación hegemónica de universalizar una particularidad. Mientras que la catacresis resulta clave para darle un nombre que represente a la articulación de las cadenas equivalenciales. Ya que sin un nombre no puede haber representación, y ese nombre no puede ser idéntico ni al conjunto imposible, ni a las particularidades.

Hemos integrado esta función de las figuras retóricas en un esquema más general acerca de la construcción de las cadenas equivalenciales (y de operaciones diferenciales que, de hecho, implican rearticular los elementos disociados en nuevas cadenas equivalenciales). Este esquema presenta cinco niveles básicos, que los

discursos de diferentes sujetos sociales, propios del juego de la lucha por la hegemonía y la construcción discursiva de las identidades.

²⁴ En estas operaciones de desarticulación/rearticulación, los significantes pueden parecer como “flotantes”. Sin embargo, este concepto no debe hipostasiarse. Todo significante siempre está articulado (no existen los elementos, sino que siempre son momentos de determinado discurso).

ejemplificaremos con fragmentos tomados de los debates sobre la cuestión agraria que tuvieron lugar en la Argentina de las décadas de 1920, 1930 y 1940.²⁵

Un primer nivel estaría caracterizado por el establecimiento explícito y directo de equivalencias, cuando se afirma que algo es equivalente a otra cosa o característica. O, en los casos de desarticulación, primero se niega una equivalencia previamente establecida y se propone una rearticulación. Así vemos, por ejemplo, el establecimiento en los siguientes fragmentos de dos significaciones sobre los terratenientes, una que los critica (dos primeros fragmentos) y otra que los defiende, necesitando desarticular vinculaciones preexistentes:

El latifundio es el principal problema de la economía argentina (Ingeniero Pedro Marotta, 1924).

(...) inmensas superficies de campos aptos para colonización pastoril y agrícola [...] permanecen incultas (senador Laureano Landaburu, debate sobre la ley agraria nacional, 1940).

(...) hay propiedades muy grandes [...] a las que se les designa con el nombre de latifundios, pero en esas propiedades viven y prosperan –muchas veces más felices que sus mismos dueños– los colonos que la arriendan en condiciones favorables a su desenvolvimiento y a su bienestar. Esas grandes propiedades [...] no están desiertas. Por eso no considero prudente hablar, en general, de latifundios porque pareciera que fueran tierras abandonadas o utilizadas para placeres de señores. (Senador Ricardo Caballero, debate sobre la ley agraria nacional, 1940).

En un segundo nivel, podemos ubicar las figuras retóricas y sus deslizamientos. Retomando a Laclau podemos decir que ninguna de estas figuras retóricas funciona de forma pura en la construcción de la hegemonía. Si no que se dan de forma ambigua y movediza: las figuras tienden a diluirse una en la otra y producen deslizamientos semánticos necesarios para la construcción discursiva de la hegemonía. De este modo, muchas veces bajo la forma de una definición, en realidad se introduce una metáfora, que está, entonces, produciendo un primer deslizamiento, pues el oyente “sabe” que no es una identidad literal, pero ya se ha logrado instalar la equivalencia. De modo similar se puede emplear la sinécdoque, la metonimia y la catacresis. Con ellas se puede aportar definiciones de carácter equivalencial, y luego avanzar en ampliar las cadenas equivalenciales. De este modo, se construyen en la dinámica textual permanentes deslizamientos que expanden la cadena equivalencial logrando evadir retóricamente la rigurosidad de la lógica.

A continuación veremos dos ejemplos. El primero plantea una analogía entre los que acaparan tierras y los meros “cobradores de títulos” como ejemplo de figura improductiva. Sin embargo, no es una simple analogía, sino que se presenta como una equivalencia, aunque, al mismo tiempo, el reemplazo no es total.

²⁵ Una mirada de conjunto de estas disputas puede consultarse en Balsa (2008).

(...) la burguesía parasitaria que acapara las tierras [...]; son los cobradores de cupones de títulos, sin trabajo, sin sacrificio y sin esfuerzo. (Fresco, 1936).

En el siguiente y más extenso ejemplo, observamos una serie de deslizamientos. En primer lugar, los sujetos denunciados no tienen una definición social clara, ya que comienzan siendo simplemente “los audaces” y recién luego son definidos como “los traficantes del suelo”, y su característica más marcada sería “su sed de riqueza fácil”. De algún modo estos significantes asignan, a la manera de la catacresis, un nombre a lo que no lo tiene (ya que si bien podríamos identificarlos con los terratenientes, también queda habilitada la identificación sólo con algunos de ellos, e incluso con los sub-arrendadores). Esta ambigüedad recorre todo el petitorio.

Luego, al caracterizar a los contratos que impusieron como “dignos de negreros”, esta analogía cubre metafórica y metonímicamente a los terratenientes rentistas con la imagen del “negrero” (aunque no afirma explícitamente que lo sean) y el “traficante”. Esto permite que indirectamente se los responsabilice de las penurias que sufren los arrendatarios, nuevamente sin que se lo haga explícitamente, ya que se emplea la forma impersonal: “se les despoja” y “se es embrutece”. Al mismo tiempo, la construcción discursiva de una relación de antagonismo no podía ser más explícita: el despliegue de una subjetividad implica la negación de la plena realización de la otra. Por último, el papel de la sinécdoque (en este caso explicitada de modo definitorio) en la lucha por la hegemonía también es clara: esos “contratos archileoninos [...] han dado origen a que [...] todos sus agricultores sean arrendatarios”. Pues caracteriza al todo a partir de lo que ocurre a la mayoría, pero que, obviamente, no deja de ser una parte, ya que existía un porcentaje minoritario pero importante de agricultores propietarios de los campos que trabajaban.

(...) los audaces que, en su sed de riqueza fácil, nos consideraban simples instrumentos de trabajo para valorizar el suelo que ellos negociaban, obligándonos, repetimos, a protestar contra los traficantes del suelo que, contando con la indiferencia de Gobiernos poco previsores, impusieron esos contratos archileoninos, dignos de negreros, contratos que han dado origen a que, en un pueblo como el nuestro, que cuenta con la mayor y más fértil extensión de tierra, en proporción a sus habitantes, todos sus agricultores sean arrendatarios, a quienes se humilla, se les despoja y se les embrutece, obligándolos a ambular continuamente como el judío errante. (Petitorio de la Federación Agraria Argentina, 1921).

En un tercer nivel vamos a ubicar a la introducción de relaciones equivalenciales por enumeración o por implicaduras argumentales.²⁶ Como lo ha

²⁶ Sobre las distintas operaciones estilísticas y sus efectos ideológicos resultan muy interesantes los aportes de Jeffries (2010).

señalado Fairclough (2003) las relaciones contrastativas (habitualmente marcadas por conjunciones como “pero” o “en cambio”, o por adverbios como “sin embargo”) diferencian a las entidades, mientras que las relaciones aditivas o elaborativas permiten diluir las diferencias construyendo relaciones de equivalencia.²⁷ En el caso de las enumeraciones con comas se pueden establecer equivalencias a través de la “contaminación” recíproca entre términos, ya sea que se produzca cierta ambigüedad entre la aposición y la enumeración, o por mera co-presencia textual, como por ejemplo se visualiza en el siguiente fragmento:

Aspiramos a fomentar la creación de la clase social del chacarero o agricultor auténtico para construir sobre base tan sólida una sociedad fuerte, patriota y progresista, que asegure la paz interna, afirme la riqueza económica y consolide el poderío y la grandeza del primer Estado argentino. (Fresco, 1937).

En el caso de las implicaduras argumentales, retomando parcialmente a Carel y Ducrot (2005), observamos que existen definiciones co-textuales a partir de los encadenamientos ‘por lo tanto’ (y sus equivalentes), o de encadenamientos transgrevisos (‘sin embargo’), que siguen a determinado significante.²⁸ Así, por ejemplo, en el siguiente fragmento se observa que para la pequeña burguesía agraria, “el formar parte del engranaje de la producción capitalista” implica “que no puede exceptuarse de los choques” entre el proletariado y el capital, “a pesar” de que por su situación de “explotada por el capitalismo territorial, usurario y monopolista” podría haberse supuesto que tendría un lugar al margen de esta lucha.

Aunque la pequeña burguesía agraria es explotada por el capitalismo territorial, usurario y monopolista, no por eso deja de formar parte del engranaje de la producción capitalista, y por lo tanto no puede exceptuarse de los choques que libra el proletariado contra ese sistema de producción si no define su posición política en esa lucha; y por otra parte, no puede tampoco pretender para sí, frente a los demás sectores capitalistas, el beneficio absoluto de la plusvalía que surge de su explotación (Boglich, 1933).

En un cuarto nivel, ya en la relación entre oraciones, oposiciones y equivalencias pueden ser construidas por mera contigüidad sintagmática. El oyente,

²⁷ Fairclough propone conceptualizar estos procesos textuales como parte del proceso social de clasificación. Identifica, un tanto simplistamente, lo aditivo con la equivalencia y las contrastaciones con la diferencia. Cabe aclarar que el enfoque de Fairclough no considera la función de las figuras retóricas en permanente deslizamiento que se propone en Laclau (2002), un texto al que Fairclough no hace referencia.

²⁸ Decimos que retomamos parcialmente su propuesta pues no compartimos su evaluación de que de este modo han solucionado la forma de construir una semántica de la lengua de base saussureana, ya que irremediamente tienen que deslizarse hacia el terreno del habla.

para otorgar coherencia al discurso que recepciona, construye una significación que no está del todo explicitada. La operación es más sutil ya que desliza una significación por establecer relaciones de mera contigüidad entre oraciones. Esta operación es muy útil para decir algo sin tener que afirmar cosas imposibles de argumentar. En estos casos el interlocutor, para lograr otorgarle una coherencia a la enunciación, imputa una relación semántica que el locutor no hizo explícita (pues no quiso o no pudo hacerlo). Aquí el efecto de deslizamiento en las significaciones cobra un grado de libertad muy alto. Así, en el siguiente ejemplo, podemos observar que se sostiene una propuesta “socialista” a favor de la pequeña propiedad agraria, que implicaría una ruptura con “sus ideas utópicas” que implícitamente serían contrarias a esta forma de propiedad y por ende de la propiedad colectiva, pero sin que esta crítica se haga explícita.

(...) el punto de vista socialista completamente favorable al reconocimiento de la pequeña propiedad agraria como condición esencial del progreso, punto de vista que está en absoluta concordancia y armonía con las doctrinas socialistas que imperan, en los países más importantes del mundo. El socialismo actual se ha desprendido de sus ideas utópicas, de sus doctrinas meramente teóricas y arbitrarias al ponerse en contacto con la realidad de los hechos y cuando ha tenido la responsabilidad del gobierno o de las iniciativas parlamentarias. (Nicolás Repetto, 1929).

En un quinto nivel, de forma relativamente similar al nivel anterior, la vinculación en forma sintagmática de dos significantes se realiza a través de la actualización de determinados “lugares comunes” (los *topoi*). Es decir que el enunciador supone que, nuevamente, para darle coherencia a una relación propuesta entre dos términos que no ha sido explicitada, el oyente traerá a su procesamiento cognitivo los “lugares comunes” que permiten completar el razonamiento típicamente incompleto de la retórica. Retórica entendida no como una colección de figuras literarias, sino como una forma particular del discurso que simula acercarse a la lógica pura y, de este modo, intenta convencer por su carácter pretendidamente lógico, pero que en realidad tiene una estructuración diferente, como ya lo reconociera Aristóteles, pues los razonamientos son incompletos. No se explicitan los *topoi*, los lugares comunes, los principios generales que permiten pasar de las premisas explicitadas a la conclusión (Bruxelles y de Chanay, 1998). Si el interlocutor, en su esfuerzo por dar coherencia a un texto, se encuentra con un “salto” en la argumentación, lo complementa con conocimientos provenientes del sentido común.

Estos *topoi* están presentes en el sentido común. Podría decirse que cada formación discursiva (o cada estrategia discursiva, Foucault, 1969) hace uso de distintos *topoi*; activa distintos *topoi* presentes en el sentido común. Y así, el análisis de los *topoi* abre un interesante campo de investigación sobre su uso en la argumentación política y en ver cómo al construir una hegemonía se activan algunos *topoi*, y no otros.

Para ejemplificar esta operación vemos un fragmento en el que se vincula el acceso a la propiedad con el rechazo a las ideas de izquierda, razonamiento que sólo cobra coherencia si fuera cierta la idea de que la propiedad vuelve conservadores a quienes acceden a ella (claramente los dirigentes del Partido Socialista poseían algún *topos* diferente para proponer las mismas medidas que los conservadores):

El día en que los mejores campos de la provincia sean poblados por colonos propietarios, habremos realizado la obra más fundamental desde, el punto de vista de la estabilidad social y alejada en absoluto la posibilidad de que en la población agraria argentina arraiguen las ideas disolventes que predicán las izquierdas. (Fresco, 1936).

Los *topoi* son importantes en la construcción de la hegemonía pues, al no ser explicitados, son difíciles de refutar y terminamos dándolos por válidos incluso cuando discutimos sólo alguna de las premisas explícitas de un razonamiento retórico. Detectar, explicitar e impugnar a los *topoi* exige un gran costo mental y de interacción social.²⁹ Primero, porque en líneas generales son parte del sentido común, y en segundo lugar, porque su impugnación se puede confundir con una tentativa a evitar la discusión. Para Fairclough muchas de estas operaciones incluyen algún tipo de relación intertextual, ya que disparan una referencia a un texto previo que le da sustento a esta existencia o, a veces, a un texto más nebuloso, como lo es la opinión general.³⁰

La activación de vínculos intertextuales también permite instalar sentidos sin necesidad de explicitar argumentos, ya que se apela a los que se presume están presentes en la memoria del interlocutor. En estos casos el locutor evalúa que no es conveniente hacerlos explícitos, pues podrían ser motivo de crítica.

El texto puede remitir a otros textos atesorados en la memoria del hablante y/o del interlocutor, que de este modo completan la significación de algunos de los significantes del texto presente. En realidad, esto remite a la cuestión de que la significación recién se completa con el procesamiento mental que realiza el interlocutor. Por lo cual, para apelar a estos *topoi* hay que estar seguros de que van a ser reactualizados por los oyentes.

Hasta aquí hemos visto cómo una serie de vinculaciones semánticas construyen las cadenas equivalenciales que permiten capturar los significantes flotantes en disputa en una formación social dada. Quisiéramos agregar que en los casos en que esta operación fuera muy "costosa"/difícil de realizar, podrían buscarse significantes equivalentes que se encuentren menos articulados en las redes preexistentes. Tal vez el ejemplo más gráfico sea el caso del reemplazo, por parte del neoliberalismo, del significante "pueblo" en el discurso político latinoamericano (demasiado vinculado a los nacionalismos-populares) por el significante "gente".

²⁹ Chilton (2004: 63-65) analiza esta cuestión en relación con las presuposiciones en general.

³⁰ Véase la interesante conceptualización de la intertextualidad como fenómeno cognitivo en Calvacante (2009).

Estos significantes flotantes, a su vez, podrían articularse en torno a determinados significantes vacíos que funcionarían como cierre de bóveda de “la sociedad imposible”. La referencia a determinados significantes que pretenden dar una coherencia articulativa al conjunto de la sociedad es clave para volver sobre la cuestión de la hegemonía, ya que sin ellos solo tendríamos disputas parciales, una mera microfísica del poder sin pretensiones universalizantes, que es un componente ineludible de la dominación hegemónica.

Sin embargo, considero que deberían evitarse dos errores. El primero sería partir de proponer apriorísticamente los significantes vacíos. Por el contrario, como ya hemos comentado, el análisis debería avanzar con cierto inductivismo para descubrir estos significantes tendencialmente vacíos y su grado de eficacia articulativa. Lo que, en términos de análisis de las subjetividades, implicaría mensurar la eficacia interpelativa de las distintas estrategias y formaciones discursivas. El segundo error sería hipostasiar a los significantes vacíos, cuando no tienen más perdurabilidad que la que logren mantener los procesos sociales que los erigieron.

Conclusiones

Consideramos que la sistematización, que hemos realizado, de las múltiples determinaciones de la significación permite comprender mejor la forma de producción de la ambigüedad de los términos que resaltaban Laclau y Mouffe (1987: 148), en el sentido de que dos términos equivalentes debían ser al mismo tiempo diferentes. Las definiciones co-textuales construyen cadenas equivalenciales pero solo hacen precisas estas equivalencias cuando brindan definiciones explícitas. La mayoría de las veces, en cambio, se hilvanan vínculos con muy diferentes grados de intensidad e, incluso, se incorporan sentidos en forma completamente implícita. Estos procedimientos posibilitan que se produzcan permanentes deslizamientos en las significaciones que, de este modo, juegan entre la equivalencia y la diferencia. Al tiempo, habilitan a que no haya fijación en las equivalencias que se construyen en el contingente sistema de diferencias (tal como solicitaban Laclau y Mouffe, 1987: 148). En este mismo sentido, creemos que el tratamiento lingüístico dado permite comprender mejor el fenómeno del desplazamiento de las figuras retóricas.

Por otra parte, el enfoque que hemos propuesto para abordar estos desplazamientos y ambigüedades, permite entender mejor cómo es posible que se incorporen términos, e incluso conceptos, de las discursividades de los sectores subalternos dentro del discurso dominante sin caer en contradicciones directas. Esta sería, entonces, la forma en que puede desplegarse la lógica diferencial, típica de los distintos grados en que opera una “revolución pasiva”.

Creemos que estas elaboraciones posibilitan una mejor comprensión de la hegemonía como una operación esencialmente dialógica, tal como la hemos analizado a lo largo del artículo. También consideramos que ha quedado más claro porqué la lucha por la hegemonía requiere, para ser más eficaz, de algún plano reflexivo sobre el discurso y el propio lenguaje.

Para finalizar, quisiéramos decir que esta propuesta de análisis discursivo para estudiar la construcción de la hegemonía, si bien se basa en el enfoque discursivo elaborado por Laclau, consideramos que no resultaría contradictoria con el enfoque gramsciano de la hegemonía. Esto es así ya que, como ha señalado Ives (2005), “no habría una incompatibilidad entre estos enfoques postestructuralistas del lenguaje y las propias concepciones de Gramsci. Aunque Gramsci no acordaría con la idea de que el significado fuera algo efímero o en un deslizamiento infinito, sino algo anclado en la historia” (Ives, 2004b: 137). De todos modos, el propio Laclau también comparte esta idea de fijaciones históricamente ancladas. De este modo, consideramos que se abre una interesante posibilidad de articular estos aportes de la lingüística, junto con otras tradiciones de este campo de estudio, con la perspectiva gramsciana (y obviamente, también con la de Laclau), de un modo que no requiere necesariamente que se abandonen ciertos componentes marxistas del análisis de la hegemonía.

Bibliografía

- Aristóteles (2007), *El arte de la retórica*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Bajtín, M.M. (1985), “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Balsa, Javier (2006a), “Notas para una definición de la hegemonía”, *Nuevo Topo*, 3.
- Balsa, Javier (2006b), “Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía”, *Theomai*, 14, <http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO14/ArtBalsa.pdf>
- Balsa, Javier (2008), “El latifundio en cuestión. Discursos y políticas en torno al agro pampeano, 1935-1945”, *Revista digital de la Escuela de Historia*, núm. 2, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario. <http://contradicciones-web.homelinux.org/revistaunr/>
- Barthes, Roland (2003), *Mitologías*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bruxelles, S. e H. de Chanay (1998), “Acerca de la teoría de los topoi: estado de la cuestión”, *Escritos*, Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje (Universidad Autónoma de Puebla), núm. 17-18.
- Calvacante, Sandra (2009), “O fenômeno da intertextualidade em uma perspectiva cognitiva”, Tesis doctoral presentada en la Faculdade de Letras da Universidade Federal de Minas Gerais.
- Carel, Marion y O. Ducrot, *La semántica argumentativa*, Buenos Aires, Colihue.
- Chilton, Paul (2004), *Analysing Political Discourse*, London, Routledge.
- Derrida, J. (1978). *Writting and Difference*, London, Routledge.
- Fairclough, Norman (2001), *Discurso e mudança social*, Brasília, Editora Universidade de Brasília.
- Fairclough, Norman (2003), *Analysing Discourse*, Textual Analysis for Social Research, London, Routledge.
- Foucault, Michel (1969), *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1973), *El orden del discurso*. Buenos Aires, Tusquets.
- Gramsci, Antonio (1981-1999), *Cuadernos de la Cárcel*, México, Editorial Era.

- Green, Marcus y P. Ives (2010), "Subalternity and Language: Overcoming the Fragmentation of Common Sense", en P. Ives y R. Lacorte, *Gramsci, Language, and Translation*, Lanham, Lexington Books.
- Howarth, David (2000), *Discourse*, Berkshire, Open University Press.
- Ives, Peter (2004a), *Gramsci's Politics of Language*, Toronto, University of Toronto Press.
- Ives, Peter (2004b), *Language and Hegemony in Gramsci*, London, Pluto Press.
- Ives, Peter (2005), "Language, Agency and Hegemony: A Gramscian Response to Post-Marxism", *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, vol. 8, núm. 4.
- Kress, G. y R. Hodge (1979), *Language as Ideology*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- Kristeva, Julia (1981), "La palabra, el diálogo y la novela", en *Semiótica 1*, Madrid, Editorial Fundamentos.
- Jeffries, Lesley (2010), *Critical Stylistics*, Hampshire, Palgrave Macmillan.
- Laclau, Ernesto (1978), *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (1996), "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?", en *Emancipación y Diferencia*, Buenos Aires, Ariel.
- Laclau, Ernesto (2002), "Política de la retórica", en *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2003a), "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Žizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2003b), "Construyendo la Universalidad", en J. Butler, E. Laclau y S. Žizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. e Mouffe, C. (1987) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI editores.
- Lo Piparo, Franco (2010), "The Linguistic Roots of Gramsci's Non-Marxism", en P. Ives y R. Lacorte, *Gramsci, Language, and Translation*, Lanham, Lexington Books.
- Magariños de Morentin, Juan (1993), *La semiótica de enunciados*, La Plata, Instituto de Investigación de la Comunicación Social (UNLP).
- Maingueneau, Dominique (2002), "Problèmes d'éthos", *Pratiques*, núm. 113/114.
- Marx, Karl (1850), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Anteo, 1973.
- Mészáros, István (1996), *O poder da ideologia*, São Paulo, Boitempo Editorial.
- Nun, José (1989), *La rebelión del coro*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Pêcheux, Michel (1988), *Semântica e discurso*, Campinas, UNICAMP.
- Phillips, Louise (1996), "Rethoric and the Spread of the Discourse of Thatcherism", *Discourse & Society*, vol. 7, núm. 2.
- Phillips, Louise (1998). "Hegemony and Political Discourse: the lasting impact of Thatcherism", *Sociology*, vol. 32, núm. 4.

- Raiter, Alejandro (2003), *Lenguaje y sentido común. Las bases para la formación del discurso dominante*, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Sigal, S. y E. Verón (1986), *Perón o muerte*, Buenos Aires, Legasa.
- Stavrakakis, Yannis (2007), *Lacan y lo político*, Buenos Aires, Prometeo-UNLP.
- Thernborn, Göran (1991). *La ideología del poder y el poder de la ideología*. México, Siglo XXI.
- Trew, Tony (1983) "'Lo que dicen los periódicos': variación lingüística y diferencia ideológica", en Fowler, Hodge, Kress y Trew, *Lenguaje y control*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Vasilev, N. L. (2006), "A história da questão sobre a autoria dos 'textos disputados' em estudos russos sobre Bakhtin (M.M. Bakhtin e os seus co-autores)", en C. A. Faraco, D. Tezza e G. De Castro (org.), *Vinte ensaios sobre Mikhail Bakhtin*, Petrópolis, Ed. Vozes.
- Voloshinov, Valentin (1929), *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, (1992).
- Wittgenstein, Ludwig (1953), *Investigaciones filosóficas*, Crítica, Barcelona, 2008.